



Esta es la historia de Domingo:

**un santo que conoció a Jesús y
dedicó su vida a seguirle;
un hombre que en una época difícil
quiso compartir con todas las personas
la Buena Noticia de Jesús;
un padre que supo entusiasmar a muchos
para formar con él la gran familia
de los dominicos y las dominicas.**



Monte Carmelo

ISBN 84-7239-538-3



9 788472 395381

19 • Padre Silverio, 2

URGOS • (España)

47-25 60 61 • Fax 34-947-25 60 62

ditorial@montecarmelo.com

montecarmelo.com

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

Por los Caminos del Evangelio

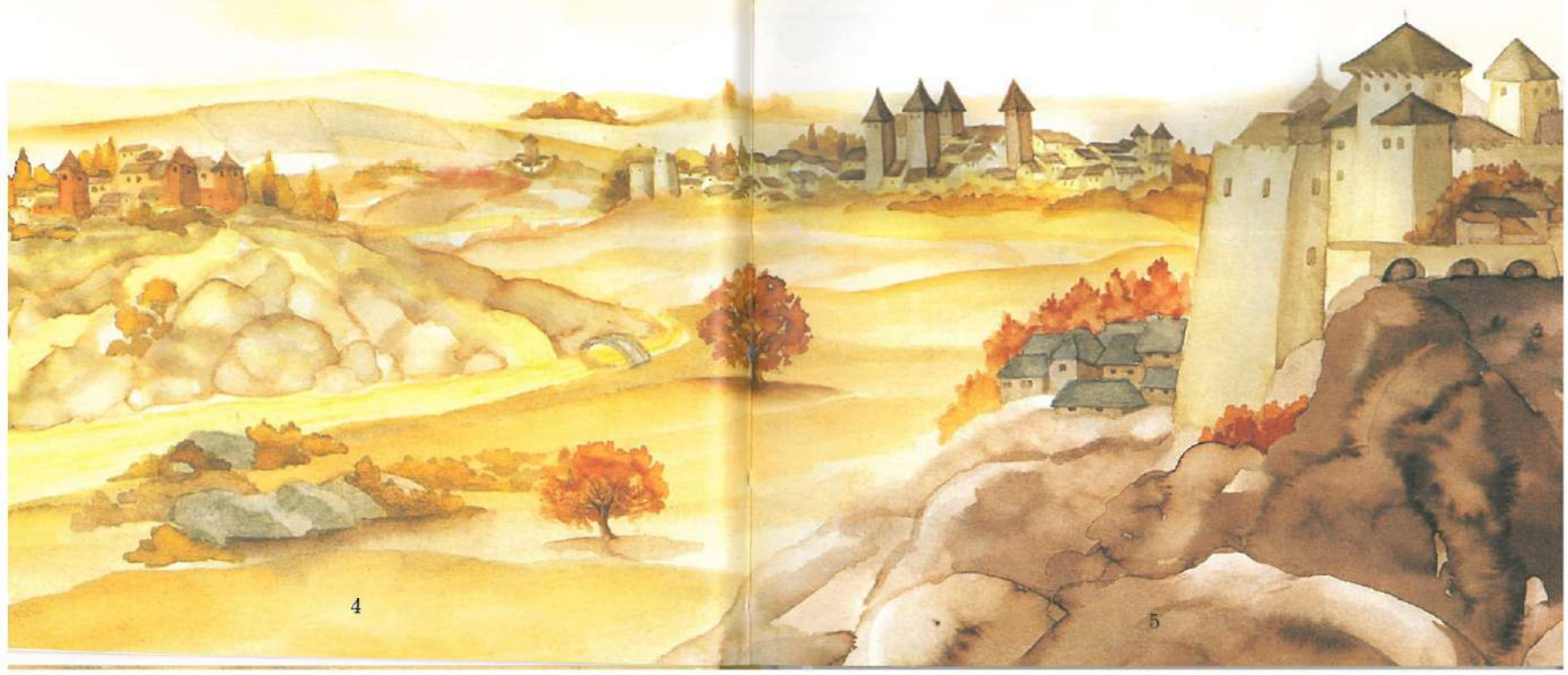


Santo Domingo de Guzmán



Por los Caminos del Evangelio

Castilla es una región de España de amplios horizontes, cielos limpios y llena de luz. Se llama así porque, hace cientos de años, sus dueños mandaron construir muchos castillos para defender sus fronteras del ataque de los enemigos.



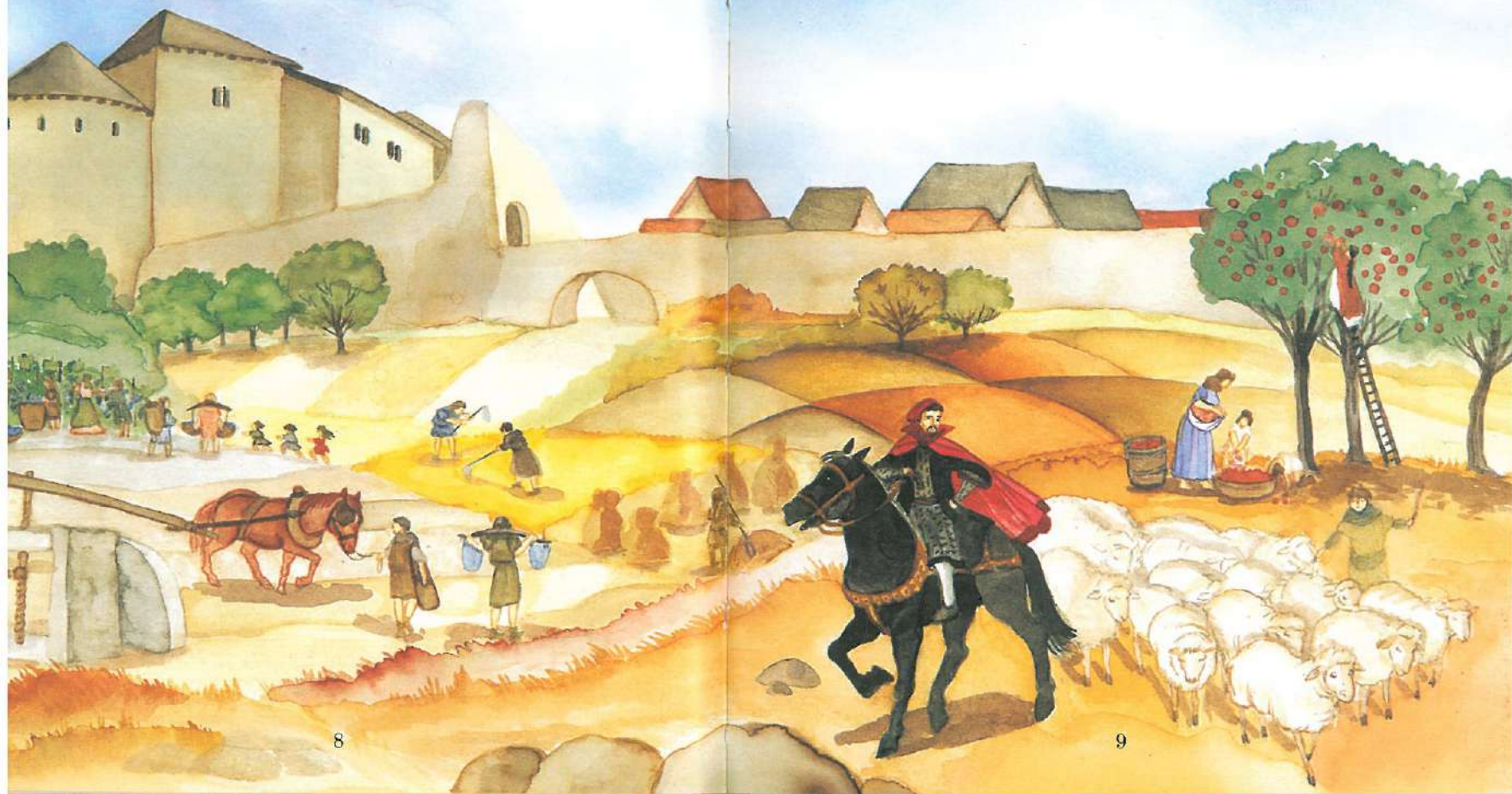
En medio de Castilla, en la provincia de Burgos, entre dos pueblos bien conocidos, Aranda de Duero y Santo Domingo de Silos, hay otro más pequeño llamado Caleruega.



Fue aquí donde nació, hacia el año 1170, Domingo de Guzmán y Aza, nuestro querido santo Domingo.

Su madre escogió este nombre en recuerdo del abad del monasterio de Silos que, como he dicho, estaba muy cerca de Caleruega. Todavía hoy se acercan muchos visitantes para contemplar el precioso claustro románico de este monasterio y su famoso ciprés.

Los padres de Domingo se llamaban Félix de Guzmán y Juana de Aza y eran los dueños y señores de aquel lugar. Él cuidaba sus tierras organizando las tareas de los campesinos que sembraban y recogían el trigo, cuidaban los viñedos y apacentaban los rebaños de ovejas y vacas de su señor.



Ella dirigía las labores de la servidumbre del castillo y se dedicaba, de manera especial, a la educación de sus hijos.



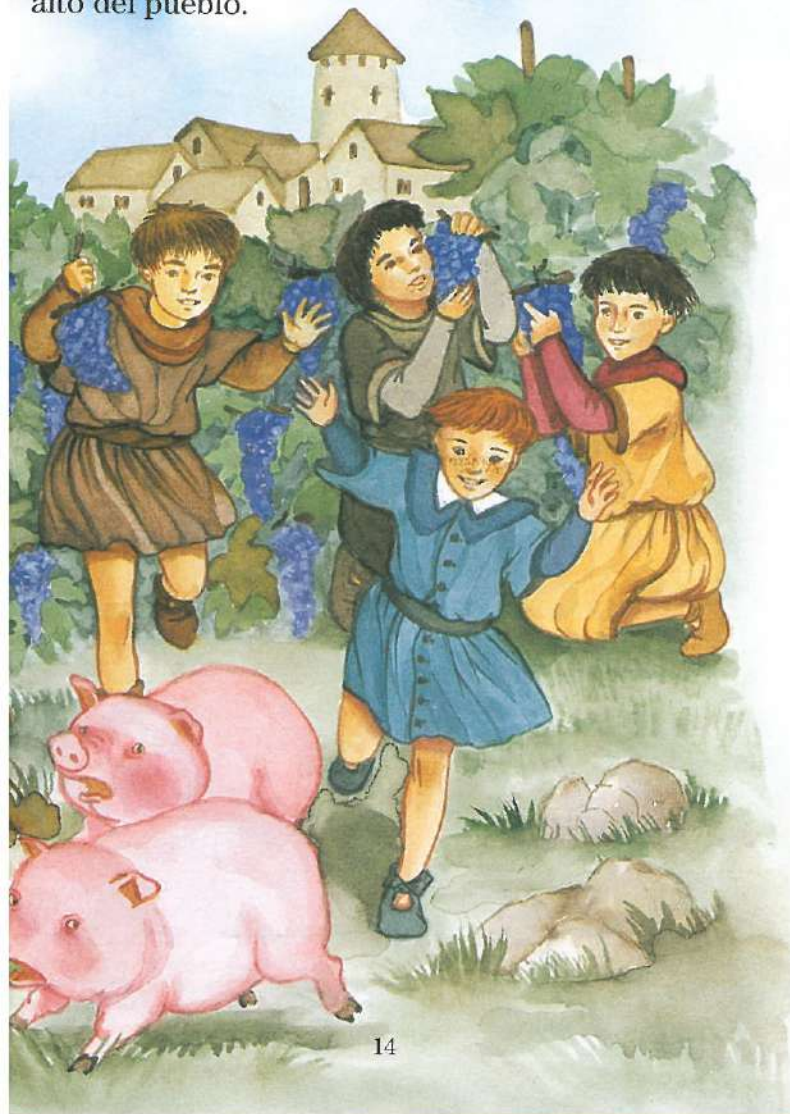
Juana era muy querida en toda la región por su bondad y generosidad con todos los que llamaban a su puerta en busca de ayuda.



Cuentan que, en una ocasión, repartió entre los más pobres todo el vino favorito que su esposo guardaba en la bodega. Cuando él regresó y pidió para beber de su vino preferido, las cubas estaban, sorprendentemente, llenas, haciendo verdad el dicho de que “cuanto más das, más tienes”. Domingo fue el tercero de los hijos del matrimonio.



Creció arropado por sus hermanos mayores, Antonio y Manés, y no es difícil imaginarlos junto a los niños y niñas de su edad, jugando por los patios, saliendo fuera de las murallas, corriendo entre trigales y viñas, picoteando uvas, descubriendo nidos y trepando a la cima de la peña "San Jorge", el punto más alto del pueblo.



Domingo aprendió a leer y a escribir en su familia, pero a partir de los siete años un tío suyo, don Gonzalo, hermano de su madre y sacerdote en Gumiel de Izán, pueblo cercano a Caleruega, se encargó de ampliar sus conocimientos, enseñándole cálculo, lenguaje, música y latín.

También le inició en la lectura de la Biblia hasta cumplir los catorce años en que manifestó sus deseos de seguir estudiando para ser sacerdote.

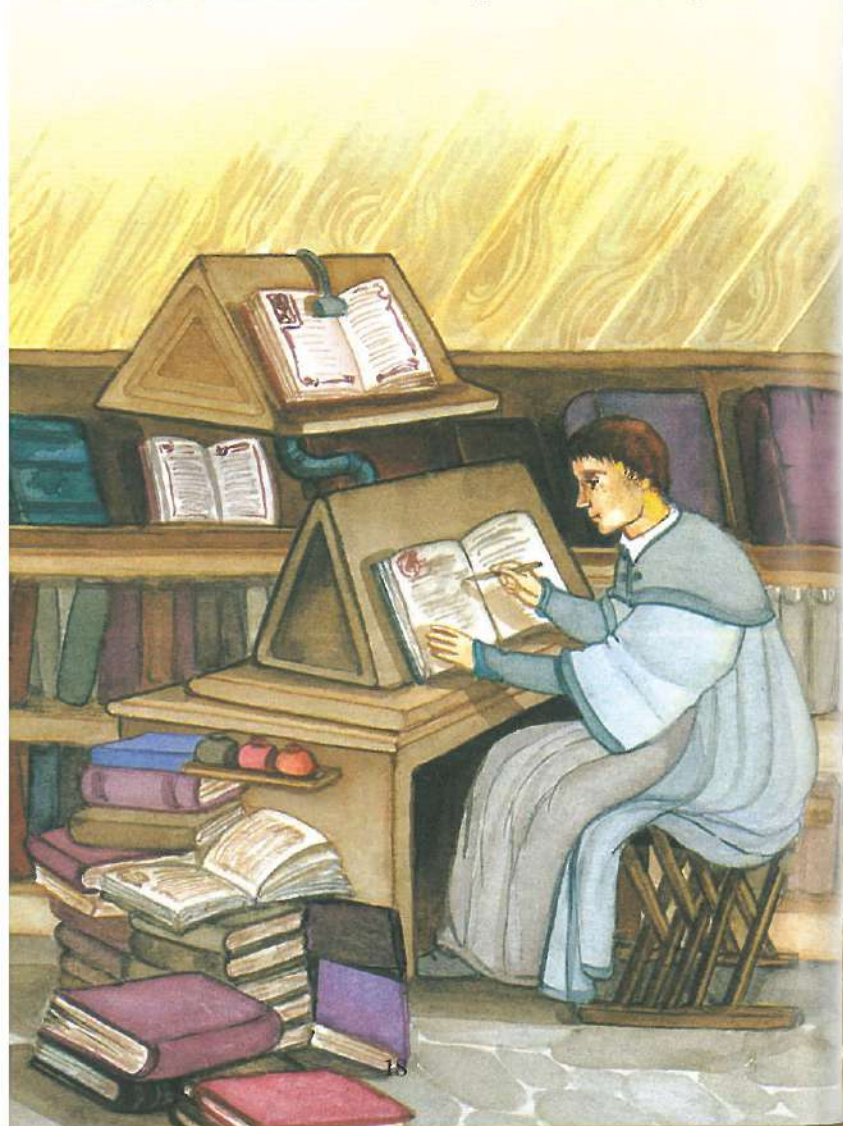
Se trasladó a Palencia, ciudad próxima a la residencia de sus padres, donde existía un Centro de Estudios tan importante que, más tarde, se convertiría en la primera universidad de España.

Allí se impartían cursos de Humanidades que se podían completar después con otros estudios en las escuelas de Medicina, Derecho y Teología.

Domingo estudió Letras Humanas durante cuatro años y dedicó otros cuatro al estudio de la Teología.



Enseguida destacó como un alumno con muchos deseos de aprender para saber; no perdía el tiempo ni parecía cansarse, pues estudiaba incluso durante la noche. Trabajaba mucho con los libros que leía con enorme interés, y los completaba con anotaciones escritas por él mismo en los márgenes de sus páginas.



En la ciudad palentina además de cultivar su inteligencia, cuidaba con especial atención su amistad con Jesús, a quien consideraba ya su mejor amigo y su único Señor. La figura de Jesús le atraía tanto que se aprendió de memoria el evangelio para imitar el estilo de vida que en él sigue Jesús.



Durante un invierno muy frío en el que escasearon los alimentos, los más pobres de la ciudad se morían de hambre. El corazón de Domingo se conmovió y se desprendió de lo que para él era un verdadero tesoro: sus libros. Los vendió, y con el dinero obtenido consiguió alimentos que repartió entre los más necesitados. Cuando le preguntaron la razón de aquel comportamiento, respondió: "No quiero estudiar en pieles muertas, mientras hay seres humanos que se mueren de hambre". Esta frase se hizo famosa.



Las pieles muertas -como sabrás- eran las de los animales, empleadas para hacer pergaminos y libros. El gesto de Domingo contagió a otros muchos que siguieron su ejemplo y se unieron a su generoso compartir.



Terminados los estudios en Palencia, Domingo se hizo sacerdote y se dedicó durante unos años a la enseñanza de la Sagrada Escritura. Pero su fama llegó pronto a oídos del Obispo de Osma, Martín de Bazán, que quería renovar y mejorar la vida de sus sacerdotes, para lo cual necesitaba la ayuda de algunos que fueran especialmente cultos, sencillos y bondadosos.



Habló con Domingo y consiguió que se incorporara a ese grupo que, junto al Obispo, formaba una comunidad que vivía como los primeros seguidores de Jesús, compartiendo la oración, la comida, el dinero y el servicio a los cristianos y a las parroquias.





Muy pronto, Domingo se hizo querer por todos. Estaba muy preparado, sabía mucho y no era nada vanidoso, al contrario era muy amable con los que le trataron y dejó muy buen recuerdo en Osma de los doce años que allí vivió. El día lo dedicaba a los pobres, enfermos y marginados, y la noche la pasaba rezando y pidiendo a Jesús que le ayudara a ser, para los demás, un reflejo de la bondad y la ternura de Dios.



Era frecuente, en tiempos de Domingo, que los reyes y nobles confiaran en los obispos y les encargaran asuntos de gobierno. Así, en el año 1203, Alfonso VIII, rey de Castilla, le pidió a su amigo y consejero Diego de Acebes, nuevo obispo de Osma, que se pusiera al frente de una embajada para acordar el matrimonio de su hijo Fernando con una princesa de Dinamarca. Diego se puso en camino y llevó consigo a Domingo, con quien mantenía una profunda amistad.



Este viaje, en el que atravesaron Europa de un extremo a otro, impresionó a Domingo y produjo un cambio muy grande en su vida.

En Alemania oyó hablar de los cumanos, un pueblo feroz, que se dedicaba a la guerra y a la destrucción. Y sintió la llamada para acercarse a ellos y sembrar allí la semilla del evangelio de Jesús. También en Dinamarca tuvo noticias de que la Iglesia intentaba acercarse hasta los pueblos donde no se conocía el cristianismo, y pensó que podía ayudar en esta misión.

Pero, sobre todo, Domingo no podía olvidar una conversación mantenida en Toulouse con el dueño de la posada donde se detuvieron a descansar camino de Dinamarca.

El posadero le contó que pertenecía a un grupo de personas muy religiosas que habían decidido separarse de la Iglesia católica. No te asombres. Esto ha ocurrido muchas veces en la historia de la Iglesia. Se llamaban cátaros, que quiere decir puros o perfectos. También les conocían como albigenses, porque la ciudad francesa en que nació ese grupo se llamaba Albi.

Insultaban a la Iglesia, no estaban de acuerdo con lo que predicaba y, sobre todo, pensaban que la vida de muchos obispos y sacerdotes nada tenía que ver con Jesús y su evangelio.

¡Cuánta fuerza tendrían las palabras de Domingo que, el posadero, después de conversar con él hasta el amanecer, decidió volver a la Iglesia!



Los cátaros se habían extendido muchísimo por el sur de Francia y los enfrentamientos con la Iglesia eran continuos y muy duros, de tal modo que las gentes estaban tristes y desunidas.

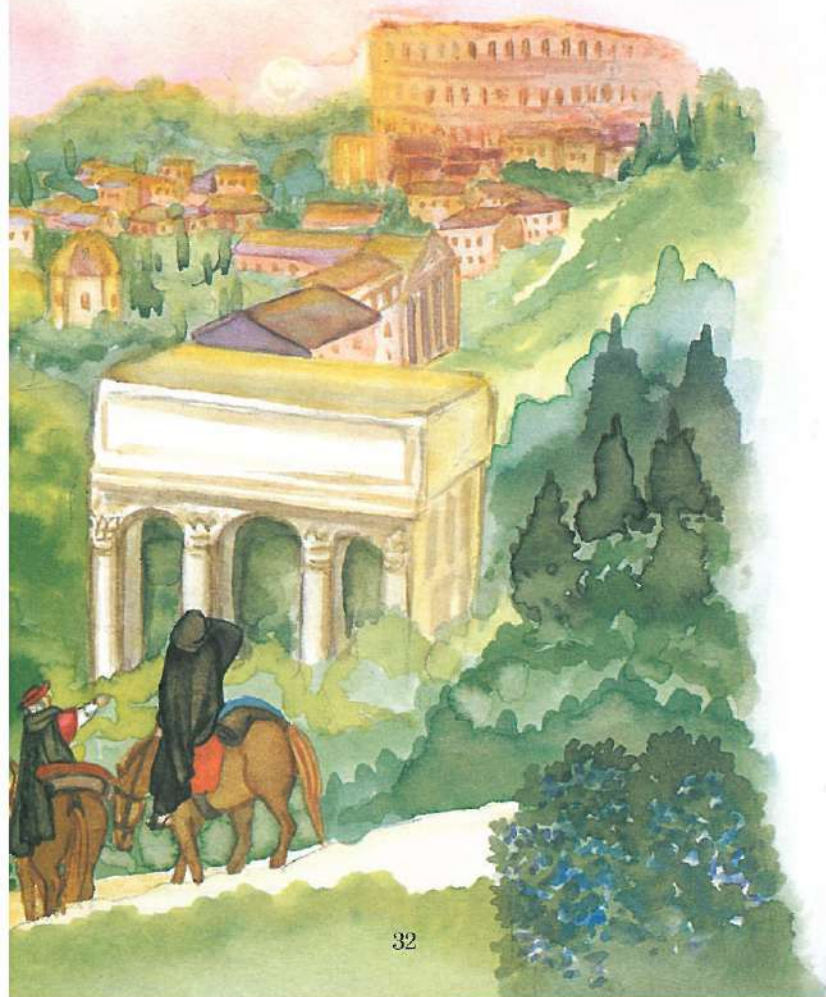


¿Qué hacer -se preguntaba Domingo- para ver a estas personas alegres y unidas?

Primero, reconocer que muchos responsables de la Iglesia debían de cambiar, porque estaban más preocupados por el dinero y el poder que por vivir con la sencillez de Jesús.

Después, demostrar que los cátaros no tenían razón al despreciar el cuerpo humano, la obra de la naturaleza, la comida, lo material y la humanidad de Jesús, y por no admitir a un Dios bueno como único creador.

Era tanta la tarea por hacer que, cuando Diego y Domingo terminaron el encargo que el rey les había confiado, se dirigieron a Roma para solicitar del Papa Inocencio III permiso para ser misioneros en tierras lejanas.



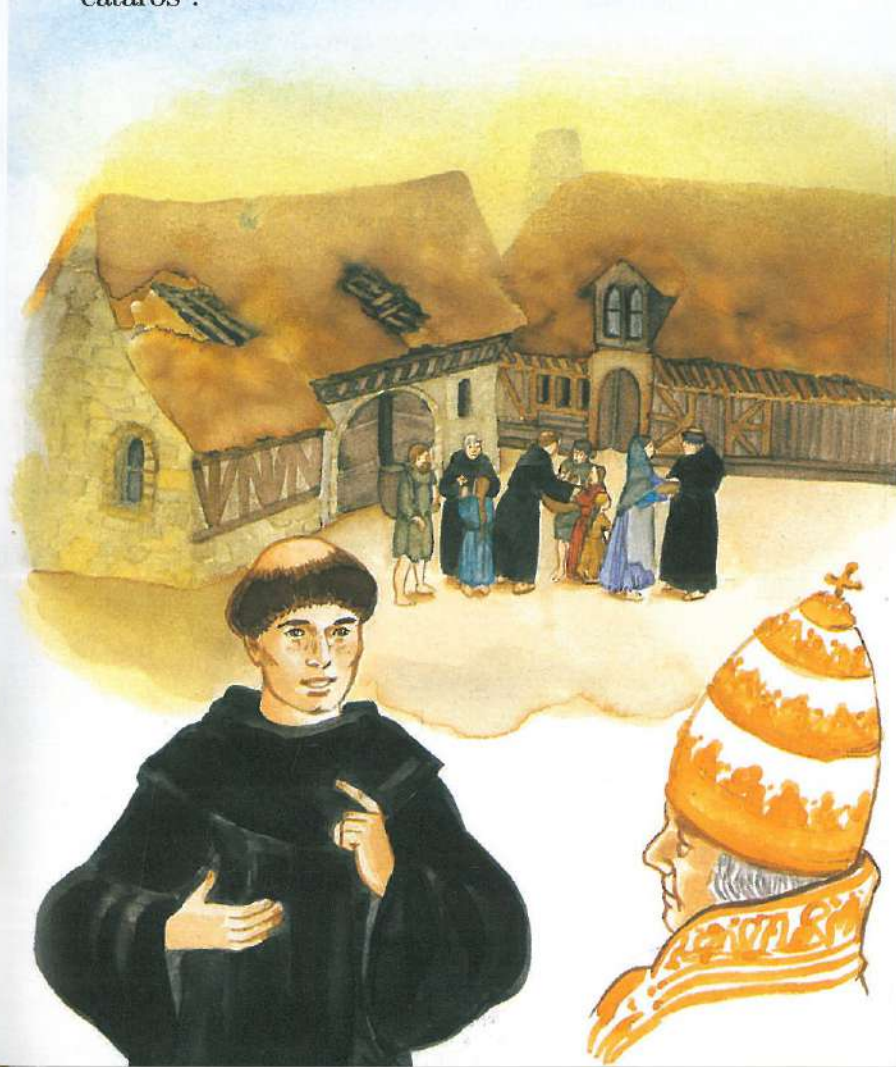
El Papa se lo negó, pero les invitó a colaborar en una misión que dos años antes había iniciado para acabar con la herejía de los cátaros, que hacían una interpretación equivocada de las verdades del credo de la Iglesia.



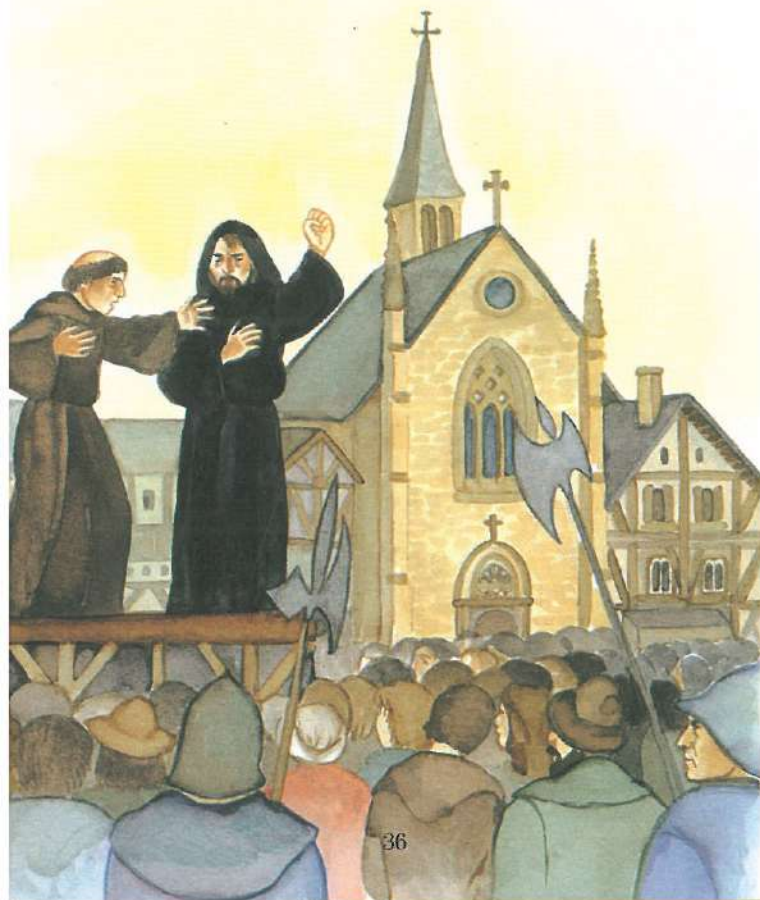
Era la primavera del año 1206 cuando Arnaldo, Pedro y Raúl, tres grandes predicadores a quienes el Papa había encargado anunciar la doctrina católica entre los cátaros, se reunieron en la ciudad de Montpellier desilusionados ante su fracaso. Incluso, estaban convencidos de que sólo por medio de la fuerza y con violencia se resolvería aquella situación.



Diego y Domingo aceptaron la invitación del Papa y expusieron el modo que ellos creían más adecuado para combatir los errores de los albigenses: "Tenemos que vivir pobremente, renunciando a toda forma de riqueza y poder. La gente del pueblo nos rechaza porque nos considera indignos y descarados, y se sienten más atraídos por la pobreza con que viven los cátaros".



Arnaldo y Pedro se marcharon de la misión y quedaron Raúl, Diego y Domingo que empezaron la dura tarea de demostrar que los cátaros no tenían razón y para ello se reunían con grupos de católicos y cátaros en distintas ciudades, en las que hacían debates abiertos y públicos que duraban, a veces, hasta diez o quince días y que hacían posible a la gente del pueblo escuchar y contrastar lo oído. No buscaban el enfrentamiento sino la verdad.



Y así en la ciudad francesa de Montreal, en el año 1207 tiene lugar una discusión a la que asisten los mejores representantes católicos y albigenses. El texto católico estaba preparado por Domingo. Después de escuchar a las dos partes, un gran número de asistentes volvió a la Iglesia.



Más tarde se supo que los cátaros habían echado en tres ocasiones los escritos de Domingo al fuego y que, en vez de quemarse, salieron rechazados por las llamas.



Las actividades de Diego y Domingo eran muchas. En Prulla habían adquirido un edificio medio en ruinas; con pocos medios lo restauraron y fundaron un monasterio femenino donde acudían mujeres que querían vivir en comunidad, en pobreza y oración. Son también predicadoras del evangelio.





Aquel convento se convierte pronto en una especie de campamento base, donde los predicadores reponen sus fuerzas y donde se reúnen los que tienen simpatía por el diálogo y el nuevo estilo.

Poco después Diego regresó a Osma, de donde faltaba hacía tiempo; Raúl murió y Domingo al quedarse solo sintió la necesidad de formar un grupo dedicado exclusivamente a predicar, pues él seguía creyendo en la fuerza de la palabra, en el ejemplo de una vida sencilla y pobre, en la amabilidad hacia todos, y en la oración que le unía mucho a su Señor Jesús.

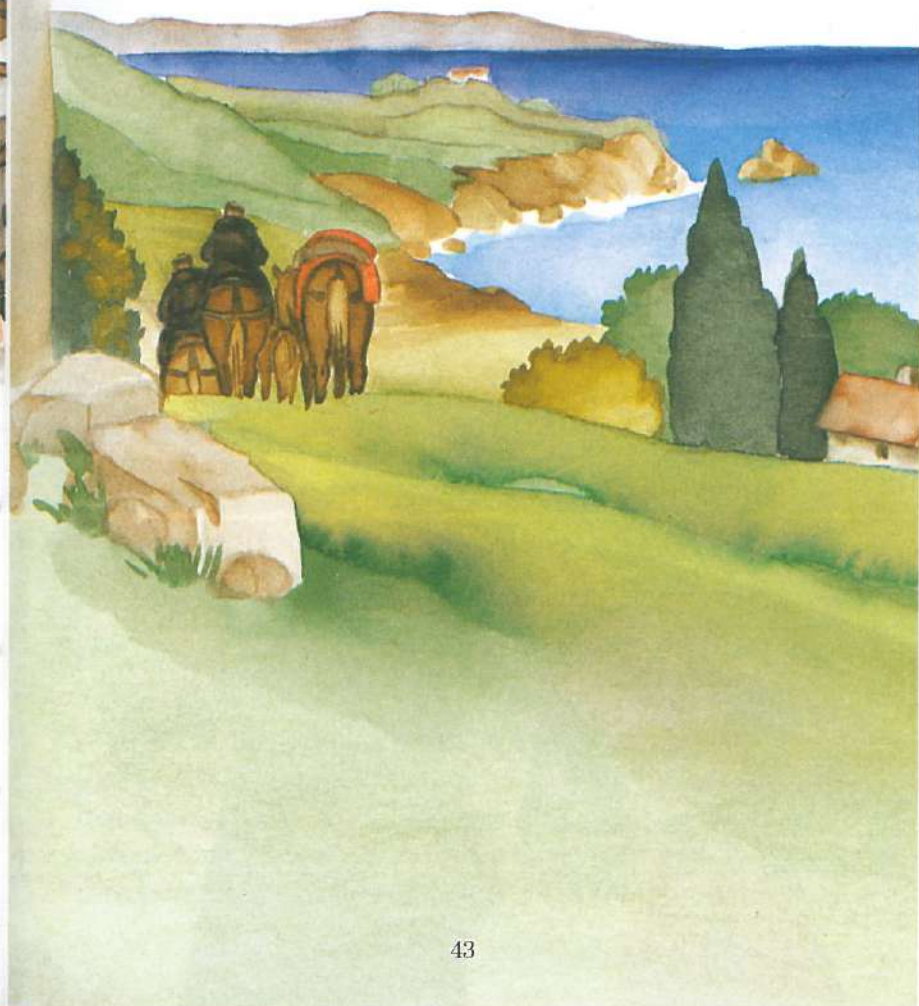


Gracias a su serenidad y a su equilibrio pudo permanecer en aquel ambiente deshumanizado, cargado de violencia y destrucción en que vivían los habitantes del territorio francés llamado "Mediodía".

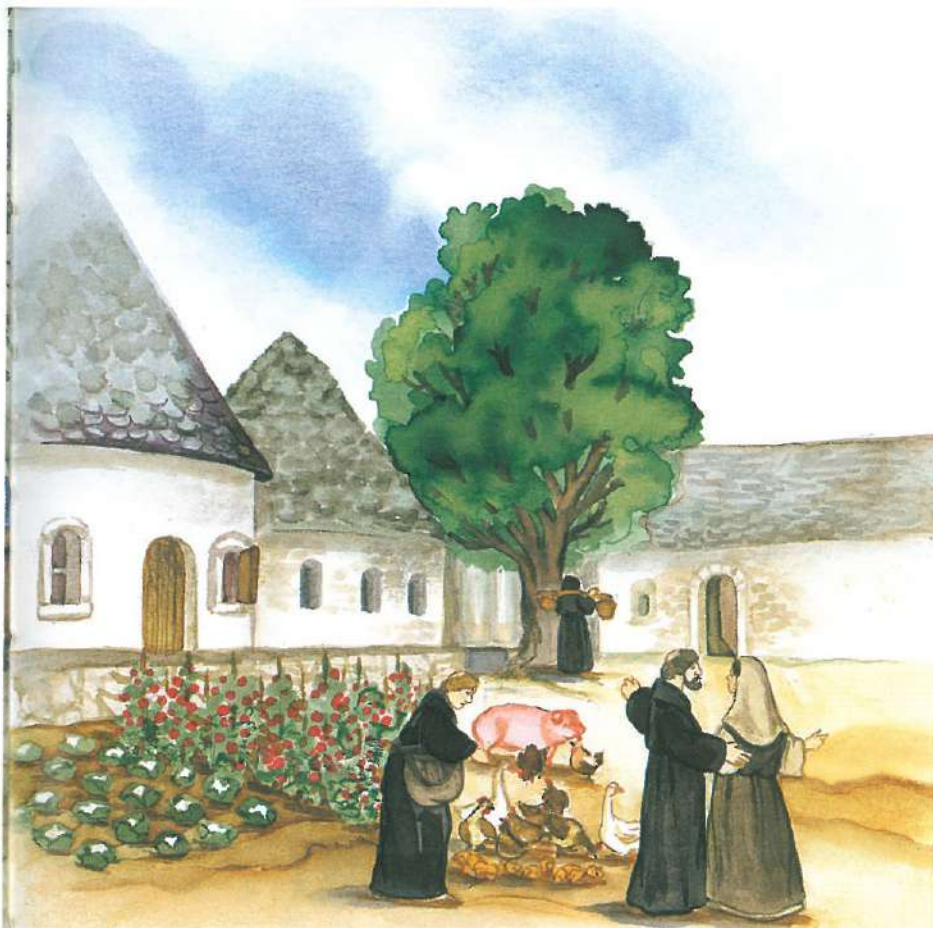
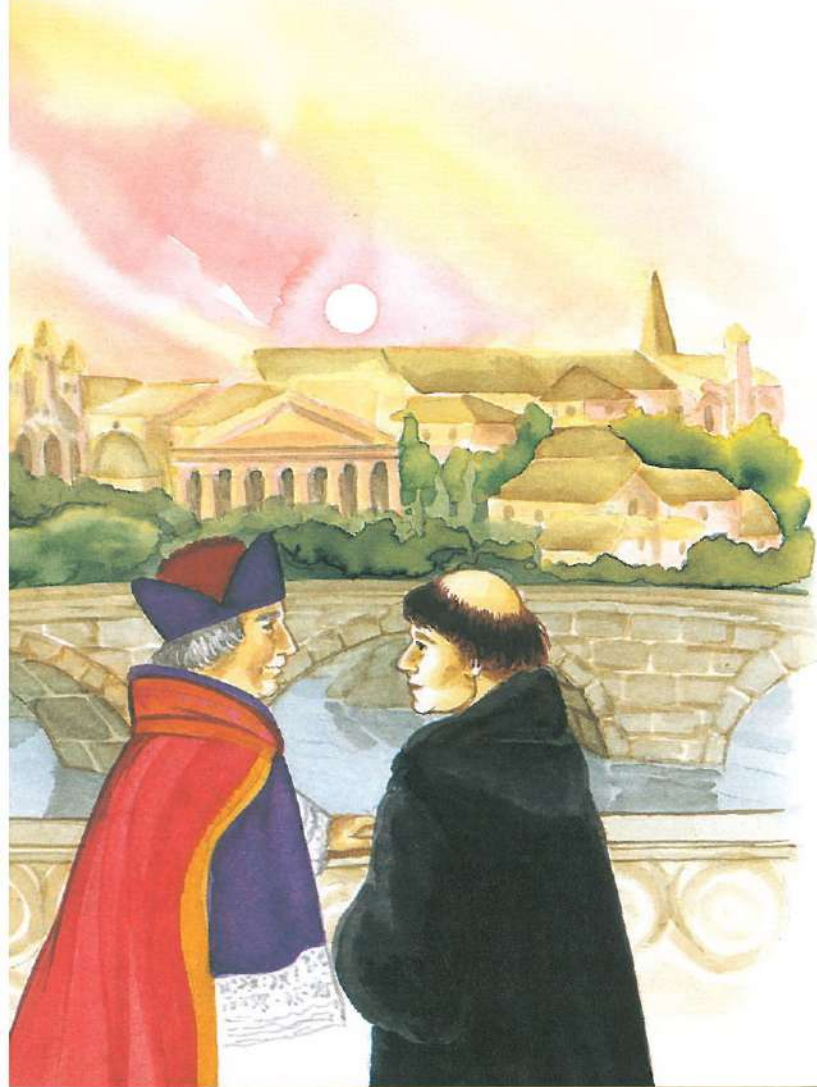
En medio de tanto desastre Domingo fue ganando a todos gracias a su dulzura, y como sabía que su misión era de paz y de unidad vivió compartiendo todo, hasta el dolor y las lágrimas con las gentes del pueblo que recibían muy malos tratos de sus jefes políticos y religiosos.



Tres veces le propusieron ser obispo, pero las tres dijo que no, porque necesitaba estar libre para anunciar el evangelio, que predicó, desde 1206 hasta 1215, yendo de un sitio a otro.



El obispo de Toulouse, Fulco se llamaba, admiraba la labor de Domingo viéndole ir de pueblo en pueblo para unir a todos, viviendo de lo que le daban, o sea de limosna, sin apenas dormir, y con aquél corazón que sentía compasión por todos los que sufrían. Le pidió que viniera a su ciudad para ayudarle, y nuestro santo fue a Toulouse.



Dos jóvenes de la ciudad, Pedro Seila y Tomás, le oyeron predicar y se unieron a él para vivir en comunidad. Pusieron a su disposición tres casitas que poseían, en las que pudieron vivir los primeros miembros de la futura Orden de Predicadores: los dos jóvenes, Domingo y otros seguidores venidos desde Prulla.

Por entonces eran doce y recibieron el hábito blanco y la capa negra como señal de hermandad y pobreza. Acudían a clases de teología con los mejores maestros y Domingo empezó a firmar sus escritos así: fray Domingo, humilde servidor de la predicación.

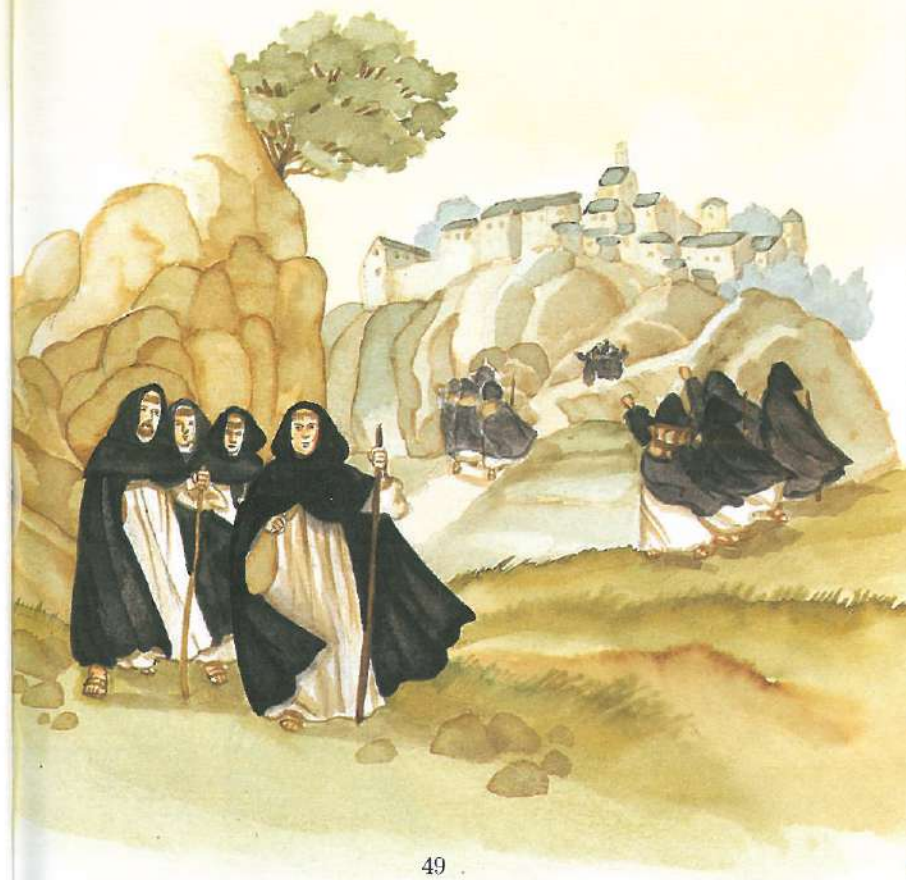


En el mes de noviembre del año 1215, el obispo Fulco viajó a Roma para participar en un Concilio donde se reúnen todos los obispos con el Papa para tratar y decidir temas de la Iglesia. Domingo le acompañó, y pidió al Papa que aprobara el proyecto de la Orden que “será y se llamará” de Predicadores. Hoy, nosotros, les conocemos más por dominicos.



En el verano de 1216 fue elegido un nuevo Papa, Honorio III, que acogió con enorme simpatía la propuesta de nuestro santo, le pareció una forma estupenda para seguir a Jesús, dar a conocer la buena noticia del evangelio y combatir la mentira y el error.

El número de compañeros de Domingo aumentaba día a día. ¿Cuántos son? Dieciséis frailes que, en la fiesta de la Asunción de 1217, se quedaron sorprendidos al oír a Domingo decirles: “Cuando el grano de trigo se amontona, se pudre, y cuando se siembra, fructifica”. Ellos lo entendieron enseguida, y se pusieron en camino: un grupo fue a España, otro a París y dos pequeños grupos se quedaron en Prullia y Toulouse. Domingo, con otro hermano, se fue a Italia.

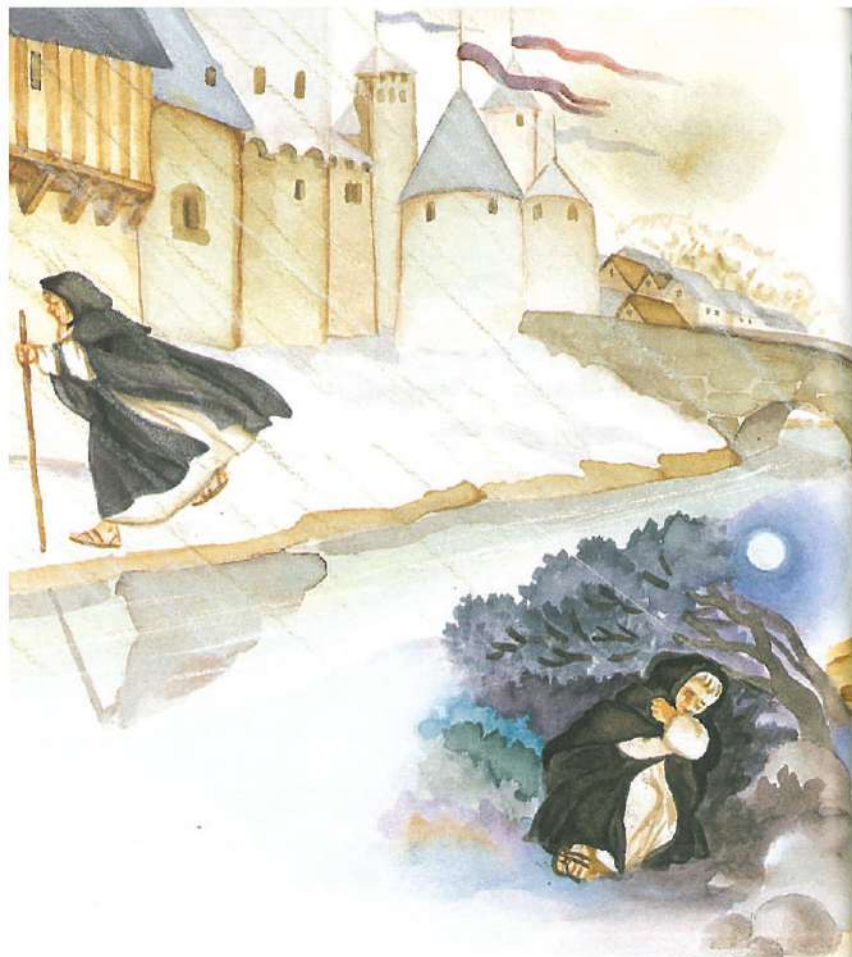


Y siguieron incorporándose nuevos frailes, jóvenes y mayores, que edificaron conventos en las ciudades donde la vida se agitaba, lo cual hizo de Domingo un viajero incansable para acompañar y animar la vida de sus hermanos.

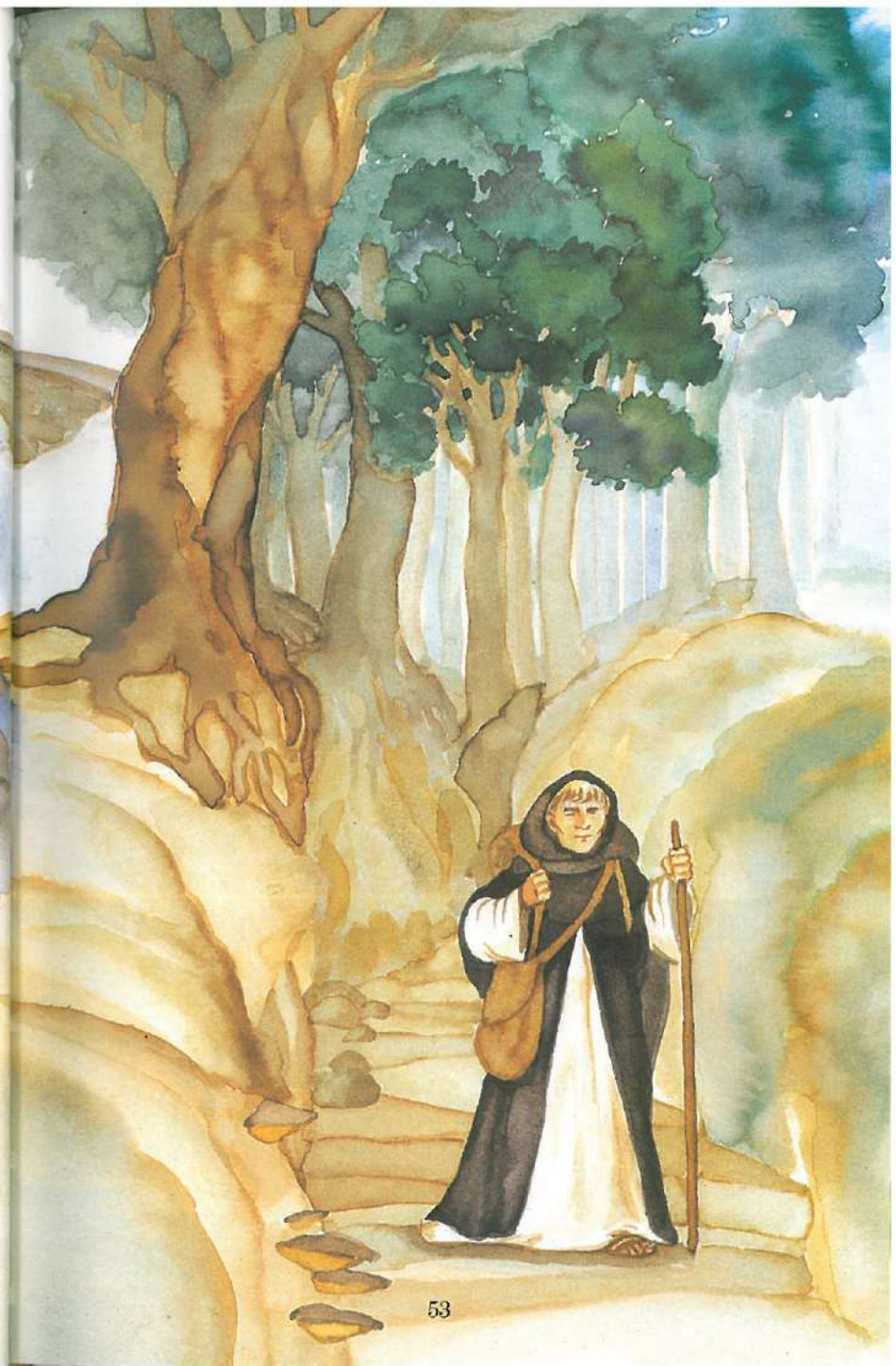


En los lugares que visitaba, predicaba y lo hacía de un modo tan atractivo que despertaba el entusiasmo de muchos jóvenes por seguirle.





Uno se queda con la boca abierta cuando conoce los viajes innumerables que Domingo realizó por ciudades y pueblos de Francia, España e Italia en los últimos años de su vida. Recorrió a pie los caminos, en etapas durísimas de cuarenta y cincuenta kilómetros diarios, durmiendo en cualquier rincón envuelto en su capa y agotándose poco a poco sin quejarse nunca. Jesús, su amigo lo había dicho: "Nadie tiene más amor que el que da la vida por los demás".



En dos años los dominicos se cuentan por cientos y los habitantes de las ciudades en que vivían, admiraban su pobreza, sencillez y entusiasmo.

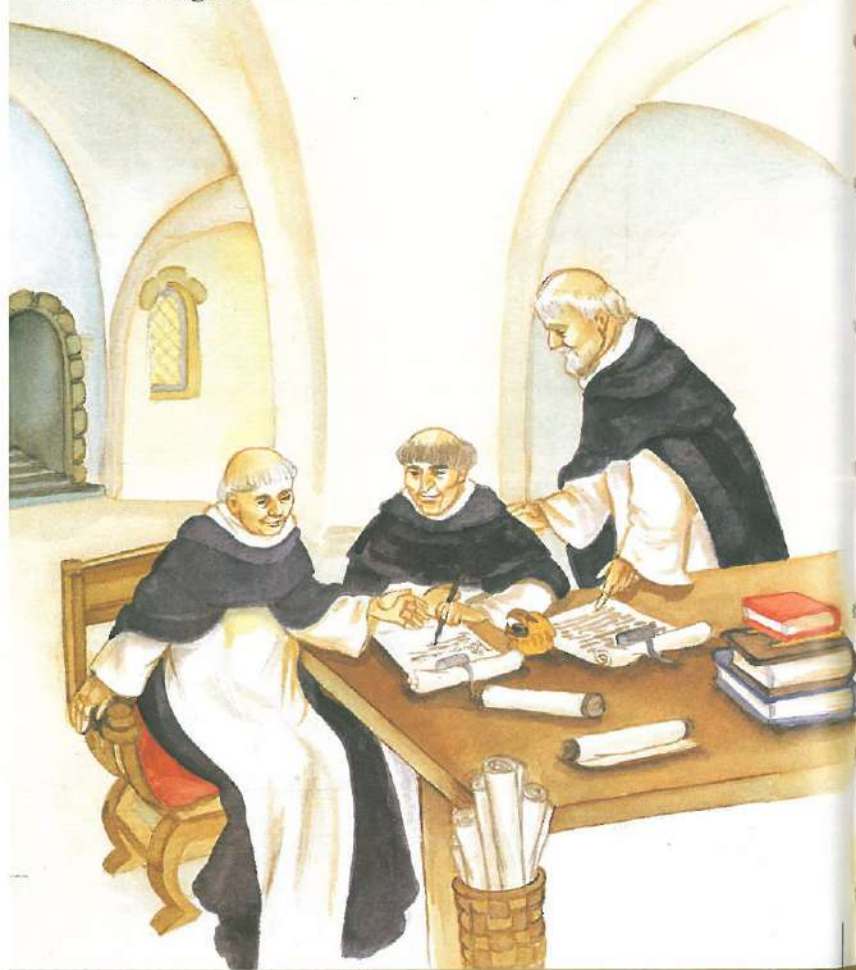
Al aumentar tanto el número de hermanos, era necesario ponerse de acuerdo y organizarse un poco, de modo que todos supieran qué estilo de vida debían llevar, porque si cada uno iba por su lado o vivía a su antojo, en cuatro días la obra de Domingo se derrumbaría.

Para ello, Domingo, reunió en la ciudad italiana de Bolonia, en la fiesta de Pentecostés del año 1220, a unos treinta frailes que representaban a todos los que estaban repartidos por los trece conventos que en ese momento existían.



Gracias a la colaboración de algunos frailes que sabían mucho de leyes, escribieron una pequeña colección de normas que les ayudara a concretar su vida de verdaderos hermanos, su misión de predicadores y los modos de realizarla.

Insistieron mucho en la pobreza para el seguimiento de Jesús; recordaron la importancia del estudio para anunciar bien la Palabra de Dios y tomaron decisiones para enviar a frailes a países no cristianos. Por fin, llenos de alegría volvieron todos a sus conventos.



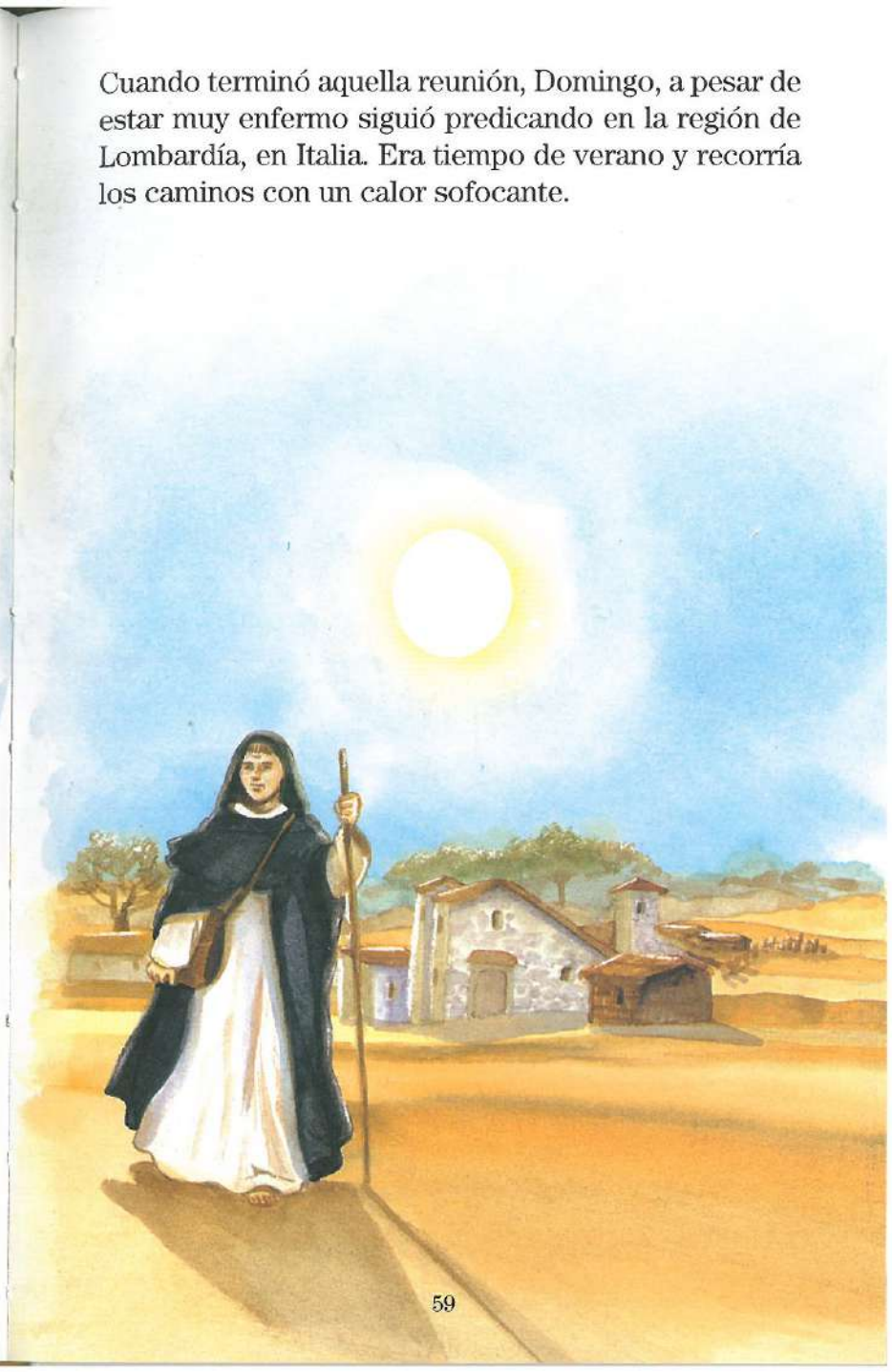
Como Domingo quería destacar el papel importante de las monjas dominicas en la tarea de la predicación mediante la ayuda de su oración, fundó dos conventos más en Roma y Bolonia, que se añadieron a los de Prulla, el primero de todos, y el de Madrid.

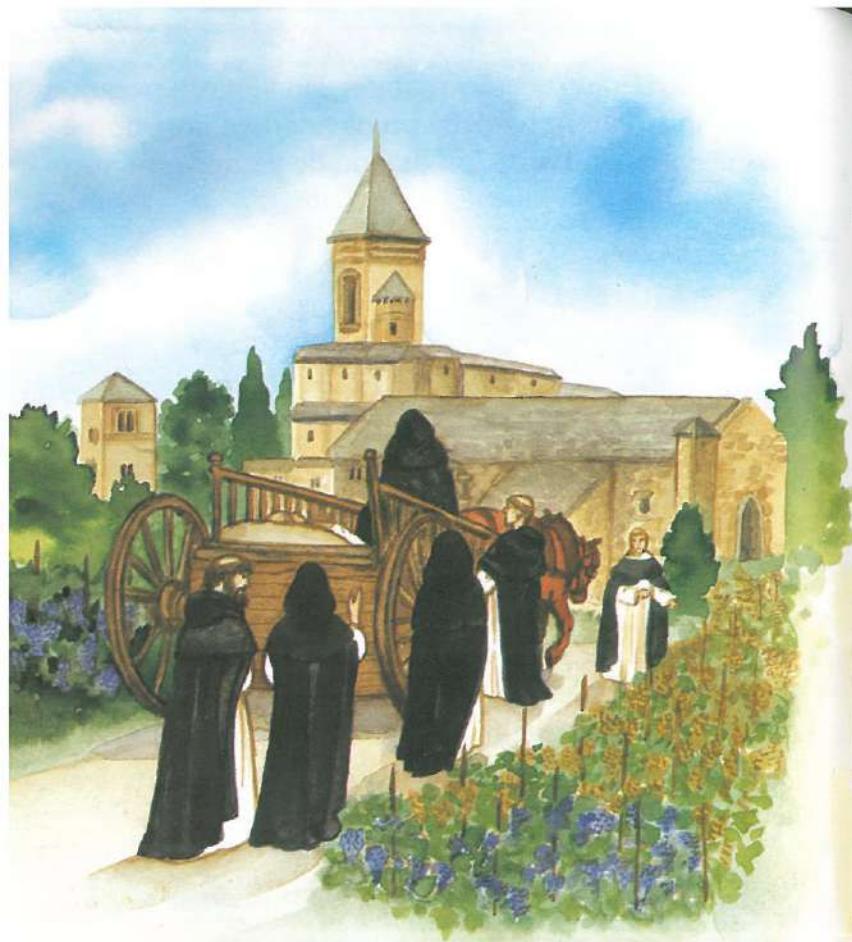




Al año siguiente, en 1221, Domingo reunió de nuevo a sus hermanos en Bolonia para comprobar que vivían según las normas acordadas y que en su misión no tenían cabida el aburrimiento ni la vida cómoda. Decidieron que los conventos más cercanos se agruparan para ayudarse, y también crear nacientes comunidades de dominicos atravesando nuevas fronteras. Hacia el este de Europa, en Hungría, Polonia y Grecia. Y hacia el norte, en Dinamarca, Noruega y, sobre todo, Inglaterra.

Cuando terminó aquella reunión, Domingo, a pesar de estar muy enfermo siguió predicando en la región de Lombardía, en Italia. Era tiempo de verano y recorría los caminos con un calor sofocante.





Al límite de sus fuerzas, llegó a Bolonia a finales de julio de 1221. Le acostaron y le trasladaron a un convento próximo a la ciudad, sobre una colina y rodeado de viñedos, para aliviarle del calor.

El seis de agosto se sintió peor y llamó a algunos frailes para decirles: “Estas tres cosas son, hermanos queridos, las que os dejo, para que las poseáis como herencia: sed cariñosos, humildes y pobres”.



Luego les pidió volver al convento de San Nicolás porque quería reposar, después de morir, bajo los pies de sus hermanos. Al llegar todos se reunieron junto a él y como veía que se les llenaban los ojos de lágrimas, les dijo: “No lloréis, porque os seré más útil y os ayudaré mejor desde el cielo”.

Les invitó a comenzar una oración de entrega a Dios y murió arrullado por el canto de sus hermanos: “Salve, Reina y Madre de misericordia”, el canto que él entonaba al final de cada día.

Era el seis de agosto de 1221. Tenía 51 años. Para todos, fray Domingo, era ya santo Domingo.

